

cada uno es la fidelidad a cierta vocación inalienable".

El enjuiciamiento del mundo se advierte a través de los preliminares del Banquete. Así en el diálogo entre el hermano Jonás y Farías, cuando aquél describe a Colofón, símbolo de nuestro hombre, vacío de la imagen de un principio creador y también de un principio redentor. El sin Dios "terminará por creerse un hijo de la nada, que salió de la nada y volverá a la nada". La crítica se hace concreta: los existencialistas franceses están en esa postura. Y ha sido la obra de Crespo, "el desalmado por usura" (es decir, el capitalismo), y Marx, "el desalmado por filosofía" (el comunismo). En una palabra: resulta preciso provocar el vacío en el hombre, para el momento en que el Gran Mono (el falso Mesías) llegue. Colofón es el eslabón final de una cadena de hombres descendentes; corresponde a los últimos tiempos. Hay un tono de postrimería, de "juiciofinalismo", fácil de rastrear, en la empresa del Banquete. El mismo Lisandro Farías advierte la intención simbólica de aquél, aunque duda, porque las cosas con él relacionadas se dan en una realidad cruda y llena de absurdos; lo cual confirma el carácter simbólico. Porque esa realidad es precisamente la de nuestro tiempo (que muchos consideran auroral y otros tantos apocalíptico); y porque es preciso explorar en él, entre la maraña del absurdo, la otra realidad que las cosas esconden, realidad difícilmente accesible para este hombre desorientado y sin valores.

En un momento dado (la conversación con Bermúdez) Lisandro Farías intuye el sentido de su aventura: el hombre se debate entre dos fuerzas, una que trata de ganarlo para el Banquete y otra que intenta hundirlo en la noche de los réprobos. Severo Arcángelo y sus secuaces se disponen a teatralizar el viejo simbolismo de la condición humana: una lucha de méritos y deméritos con vías hacia una recompensa final, que no es sino el Banquete mismo. Creo que no se necesita

más para apoyar la interpretación esbozada, apenas una teoría, entre otras posibles, para acercarse a este libro.

ERNESTO SABATO

Un continuo escándalo debe soportar Martín, el personaje de Sabato en "Sobre héroes y tumbas". Ha venido al mundo contra la voluntad de su madre. Ha estado solo hasta que quiso a una mujer, Alejandra. Ha luchado con todas sus fuerzas, y no ha podido salvarla. Ella se ha destruido, obediente a leyes oscuras, inhumanas, que condenan sin apelación a un ser. Ha experimentado la mentira, la corrupción, la mediocridad. Pero, además (y esto es grave), apenas salido de la adolescencia ha comprobado que, en ciertos casos, ni aun el amor es bastante dique para contener el poder devastador del mal.

A su edad, esa experiencia basta para quebrar una vida. El hombre debe aceptar que el mal existe y medirse con él; debe aceptar la caída de los ídolos y edificar sus propios valores para vivir; no puede hacer sobre la base de valores prestados. Todo eso se sobreentiende: todo eso es la vida. El hombre cuenta con un arma en cuya infalibilidad confía: el amor en sus mil formas, en los mil seres en quienes puede encarnar. Es como una seguridad en la inocencia; ella triunfará, aunque todo a su alrededor defeccione. La crisis de Martín es total porque también el amor pierde eficacia como arma; porque Alejandra se mata, aunque él la ha amado; aunque se sabe amada por él.

Ahora está solo. Decide, también, matarse. Frente a la fotografía de ella, apenas último rastro que pronto se desvanecerá, intuye que no se suicida por una mujer sino por algo más hondo y más personal. Alejandra ha sido un oasis en el vasto desierto. Si la hubiera salvado, juntos habrían transformado ese desierto en otra cosa. Pero ella no está: el oasis era un espejismo y él se

mata porque está desesperado, perdido en el desierto "implacable e infinito".

Repasa su vida y empieza a imputarle a Dios sus inconsecuencias. Desfilan por sus recuerdos los abandonos, grandes o ínfimos, de su experiencia. ¿Dónde estaba Dios cuando todo eso ocurría? Entonces surge en él la idea: si el universo tiene alguna razón de ser, si la vida humana tiene algún sentido, si Dios existe, que se presente allí, en el sucio cuarto que le sirve de hospedaje: ¿Por qué no? ¿Por qué había de negarse a ese desafío? Si existía, Él era fuerte y poderoso. Y los poderosos pueden permitirse el lujo de alguna condescendencia. ¿Por qué no? ¿A quién hacía bien no presentándose? ¿Qué clase de orgullo podría así satisfacer? Pone plazo: hasta la madrugada. Se pregunta de dónde sale esa escondida raíz religiosa. ¿Lo ha sido él? ¿Y si Dios acepta el desafío? ¿Cómo será la forma de su aparición? Sospecha que la suya ha sido una actitud arrogante. Siente pavor... Pero aguarda. Y porque aguarda, sale.

Cuando despierta de su borrachera, está en la pieza de Hortensia Paz: ella lo ha recogido, lo cuida. La presencia del desafiado se reviste de un contorno común, cotidiano, porque Dios no quiere salvar sino a través de los hombres.

De ahí en adelante volverá Martín a subir la cuesta, a rehacer esa vida suya tan quebrada por un dolor infinito, pero tan madura de humanidad. Se apoyará en los seres más simples, aceptará su destino al lado de ellos. La vida ha triunfado y su Autor con ella.

Recuerda Martín las palabras de Bruno: la lealtad a los camaradas, la imagen de la guardia que no podemos desertar, mientras todos duermen. Eso es absoluto, tanto como su fracasado amor, tanto como su justo escándalo ante un dolor inocente hasta el absurdo. Se ha ganado para la vida. O lo ha ganado Dios, al recoger el guante del caso niño desesperado.

Federico Peltzer